

tura de este poemario es muy recomendable, pues cualquier lector o estudiante al que le pareciera ajeno o le resultase lejano el arte abstracto y vanguardista de la primera mitad del siglo XX en Europa, tendrá después de la lectura de *El hombre aproximado* un punto de vista completamente diferente y renovado de lo que significa la creación y la recreación artística, ya sea de un cuadro, un grabado, una escultura, etcétera.

Tras la detallada y amena introducción, se sucede un breve pero excelente postulado de traducción llamado “Esta edición”, firmado por el propio Rodríguez López-Vázquez, que debería ser lectura obligatoria en cualquier curso de traducción cuyo contenido u objetivo fuera la traducción o versión de poesía al castellano. Son extrañas, por escasas, las veces en las que como lector se tiene la suerte de asistir a una lección de traducción de tanta profundidad y profusión de detalle; el traductor desnuda una a una sus herramientas, el proceso de documentación y la dificultad que entraña la versificación de la música de una lengua a otra distinta, por mucho que éstas estén emparentadas. Rodríguez López-Vázquez nos habla de la posposición de los adjetivos, de la continuidad fonética, del ritmo, de las ambigüedades léxicas a las que es proclive Tzara y la dificultad añadida que entraña para la traducción, de la imitación de vocales silábicas, en definitiva, de sintaxis y fonostilística de las lenguas francesa y castellana. Al fin y al cabo, la oralidad y la belleza formal de la conjugación armónica de tantos elementos dispares e indisolubles, es lo que hace de la poesía un género literario tan inimitable e intraducible. Rodríguez López-Vázquez salva los escollos del original y ofrece una versión más que digna en nuestra lengua, mucho más si se tiene en cuenta que es un poemario del que apenas existen otras traducciones directas a nuestro idioma.

Quizá sea ese precisamente el defecto de esta edición, la traducción está tan cuidada y hecha con tanto esmero, que el traductor se detiene a comentar otras traducciones, incluso en otras lenguas como el inglés, en numerosas ocasiones a lo largo del poemario, lo cual puede resultar molesto o innecesario, ya que lo que sería indicado en el marco de un estudio de traducción comparada, no lo es durante la lectura o se podría haber añadido como apéndice o a modo de epílogo, lo que hubiera contribuido al valor filológico de la edición, ya de por sí estimable.

Suelo citar algún fragmento de las traducciones en las reseñas que escribo para ejemplificar y suscribir lo que quiero decir, lo mejor en este caso es que el lector descubra por sí mismo que *es un hombre aproximado como yo como tú lector y como los demás*. Imprescindible.

Fernando J. PALACIOS LEÓN

ZWEIG, Stefan: *Las hermanas*. “Conte drolatique”. Traducción de Berta Vías Mahou. Acan-tilado: Barcelona 2011. 60 pp.

Una colección como los Quaderns Crema es el marco idóneo para la acogida de los pequeños grandes relatos de la historia de la literatura, de los que uno de sus grandes autores fuera Stefan Zweig. En esta colección, la editorial Acantilado, que ha decidido llegar hasta los últimos recovecos de la obra de Zweig (¿para cuando la poesía?), presentó en 2011 una excelente nueva traducción de *Die gleich-ungleiche Schwestern* (1937).

*Las hermanas* narra la historia que un desconocido, quizá algo fantasioso en sus explicaciones, le cuenta al narrador acerca de las dos sinuosas torres en algún lugar de una ciudad meridional “cuyo nombre preferiría [el narrador] no nombrar” (p. 5). El enrevesado relato tiene por protagonistas a Helena y Sophia, las dos hijas huérfanas de una hermosa tendera de Aquitania nacidas de la relación amorosa con Herilunt, un ambicioso capitán de caballería lombardo. Ambas destacaron por su belleza, pero también por su competitiva ambi-

ción: a nada de lo que la una tenía podía renunciar la otra. Y precisamente la ambición movió a una de ellas, Helena, quien haciendo honor a su nombre mitológico, accedió a vender su cuerpo a los placeres carnales, que pronto le garantizaron prestigio y riqueza. Sophia, para hacer frente a tal exigencia, abogó precisamente por el camino contrario y entregó a Dios su cuerpo para ayudar a los más necesitados. Surge así un enrevesado nudo de admiraciones y comparaciones entre la carnal Helena y la espiritual Sophia que, tanto al lector como a los hombres de la ciudad, invita a atrevidas reflexiones. La sugerente reflexión de un “cambio” de la monja por la concubina origina un juego de tensiones al que las propias protagonistas, no ajenas, deciden participar. Fiel a sus creencias, la casta Sophia acepta hacerse pasar por su hermana Helena en una cita con Sylvander, “el joven más hermoso de la región” (p. 38), sin sucumbir pasionalmente a él. Nada sucede sin embargo como previsto, Helena vence en su apuesta y Sophia no solamente se deja persuadir por la pasión, sino que abandona además su vida monacal dedicada a los pobres para, como hiciera hasta ahora su hermana, ayudar de otra forma a la humanidad. Su actividad, sin embargo, se reduce con el paso del tiempo y, años después, entregan sus ganancias, que se destinan a la construcción del hospital “más hermoso y más grande de los que se habían visto hasta entonces”, cuyas torres recibieron el apodo de “las hermanas” (p. 60).

El relato plantea una vertiginosa historia en la que los valores y los personajes se mueven con extrema sinuosidad entre la barrera del Bien y del Mal. La aparentemente indecorosa narración, sin embargo, en ningún momento se convierte ni en moralista ni en vitalista, sino que más bien discurre con total objetividad y elegancia entre un tono crítico, humorístico y satírico a un mismo tiempo. En muy pocas páginas, Zweig narra un texto de entidades casi ensayístico-morales, aunque su visión ética se disuelva en los extremos caracteres de los personajes. Y estos, a pesar de las aparentes contradicciones, terminan fundiéndose en sus conductas supuestamente divergentes como dos gotas de agua casi idénticas.

La apuesta de Zweig es por tanto exigente, y de ello da buena cuenta el cuidado estilo y la minuciosa descripción de la prosa. El reto por tanto se traslada en la edición en lengua española a la traductora, que en este caso resuelve con maestría la difícil tarea de dar cuenta en la lengua de destino a la impecable pulcritud estilística del original. Con soluciones estilísticas excelentes resuelve los muchos obstáculos del texto original. Así, por ejemplo, con gran precisión traduce la descripción de las dos hermanas de la siguiente manera: “Pero así como habían heredado de la madre la fogosa belleza, fatalmente también habían sacado del padre el desenfreno de la ambición y el afán de dominio, de modo que cada una de ellas se esforzaba por superar a la otra, aparte de a todas las demás niñas, en todos los aspectos” (p. 13). Con extrema sensibilidad describe de forma concisa la dura infancia: “Y la erizada y vieja estera de paja de sus camas rozaba, áspera, sus cuerpos, que ardían por dentro y que aún eran vírgenes” (p. 16). El llamativo contraste guarda una cierta unidad con las posteriores descripciones: de Helena, “la hetaira precoz, igual en donaire a la primera de su nombre, aquella Helena que sembró el caos entre los reinos, ataviada como la impía reina de Saba cuando entró en Jerusalén” (p. 20); de Sophia, de quien no “se conocía otra virgen [así] en toda Aquitania” (p. 25), una “muchacha abnegada [...], las mujeres se postraban ante ella [...] el obispo la ensalzaba en numerosos sermones como el ejemplo más noble de virtud femenina [...] los niños alzaban la mirada hacia ella como hacia una constelación poco común” (p. 25-26). Estos dos escenarios contrarios, sin embargo, pronto se fusionan en uno mismo, “y es que la hermosa novicia con el modesto hábito de la caridad [resulta en ojos del último amante de Helena] exactamente la misma que acaba de dejar, desnuda y ardiente, en el lecho del placer” (p. 27-28). El aparentemente juego de tensiones de las dos hermanas conlleva la apuesta que la sensual Helena ofrece a la casta Sophia, cuyo desarrollo final fue, a pesar de los muchas dudas y certezas previas de Sophia “lo que Dios o su contrario quieren

que ocurra siempre entre un hombre y una mujer” (p. 50). La entrega a la pasión de Sophia motiva la reconciliación con Helena y una alianza de las dos hermanas: “Por fin se había acabado toda pelea y envidia, y desde el momento en que se dedicaron a la misma e indigna actividad, las mal avenidas hermanas vivieron en la más alegre armonía la una junto a la otra en aquella casa” (pp. 52-53). En este sentido, prosigue la narración, “llevaban el mismo peinado, las mismas joyas, exactamente las mismas ropas, y como gemelas eran iguales y no se diferenciaban ni en la risa ni en las palabras de amor” (p. 53). Finalmente, *tempus fugit*, esta vida termina con su retirada a un monasterio y la donación de todos sus bienes para la construcción del hospital.

La complejidad del tema tratado y la delicada evolución del alma de las protagonistas están perfectamente vertidas en la versión aquí presentada, que sabe resolver con elegancia las partes más delicadas y con certero humor las más ambiguas. Así, con todo lujo de detalles se percibe la igualdad y la desigualdad recogidas por el título original, que acertadamente por cierto no se ha reproducido ni traducido literal en la versión española. La lectura del relato es por tanto una acertada decisión para todos aquellos que quieran seguir descubriendo los recovecos de Stefan Zweig, y hacerlo además de la mano de una precisa y exitosa traducción.

Alfonso LOMBANA SÁNCHEZ